

EL REBAÑO

Hace frío. Demasiado frío. Los copos de nieve se van posando sobre el asfalto que se abre camino entre las extensiones de tierra mojada. Conduce a unas instalaciones que han sido acondicionadas expresamente para llevar a cabo esa función. Esta noche hay personas que no han podido descabezar el sueño. Sabían que no les quedaba otro remedio que estar en pie de madrugada. Que tenían que enfrentarse al frío despiadado de la noche y a esa fuerza desconocida que acompaña cada paso que el ser humano da hacia adelante.

Van todos apiñados en vehículos que los transportan a aquella infraestructura comandada por hombres y mujeres que lucen uniforme. Unos uniformes que llevan la supremacía incrustada entre sus tejidos y deslizan el temor entre la gente. Gente incapaz de llevar a cabo un acto de desobediencia ni de desafiar la sumisión colectiva que, de pronto, los ha convertido en un rebaño justo en el momento de ser transportados a ese lugar.

El silencio se hace presente durante el trayecto. Cuando llegan a las proximidades de aquel edificio los vehículos se detienen y se abren las puertas. La gente desciende y caminan con sus enseres personales a cuestas como si fuesen ovejas realizando una trashumancia a la que se han incorporado, sin darse apenas cuenta de ello. El camino ha sido más largo de lo que pensaban. En la oscuridad de la noche resulta difícil calcular las distancias. Todos se dejan llevar, incapaces de reaccionar. Ha desaparecido toda energía bañada de dignidad y no se atreven a desobedecer las órdenes que reciben. Ni tan siquiera se atreven a susurrar.

Son autómatas incapaces de conversar entre ellos. Cada uno está encerrado en su propio yo. Se han convertido en seres extraños, aunque no dejen de mirarse. Los dirigen a un lado de aquel espacio nevado. El barro es cada vez más denso y el frío comienza a calarles los huesos. Se cubren como pueden para protegerse de aquel intenso helor.

A continuación, llega otro vehículo y de él desciende un nuevo grupo de personas a las que apartan hacia otro de los lados de aquel terreno lúgubre, oscuro, silencioso. Solo se escuchan las voces de los uniformados que ordenan todo lo que hay que hacer. Voces que parecen romper la noche.

Llegan más vehículos, y cuando la explanada está atiborrada de gente, les indican con señales que accedan al interior de la inmensa nave. Lo hacen en silencio. Mirándose sin verse. Van todos confiados en que la suerte sea su aliada. Saben que en ese instante están sumidos en la ruleta de la supervivencia, pues desconocen lo que les pueda suceder en ese lugar donde el miedo siempre está latente.

Es una sorpresa que en el interior de aquella instalación haya gente aguardando. Demasiada gente. Seguramente han llegado justo pasada la medianoche. La aglomeración va propiciando la reducción del espacio y paulatinamente todos comienzan a buscar el lugar más adecuado. Lo hacen apiñados y abrazan sus bártulos con fuerza mientras esperan órdenes. Es todo lo que tienen y temen que les sea usurpado.

Poco a poco aquel recinto se va convirtiendo en un hervidero. Es la humanidad obligada a concentrarse en esa especie de barracón enorme rodeado de inseguridad ante el devenir de las próximas horas. Algunos de los que lucen uniforme portan armas en el cinturón. Otros llevan metralletas colgadas por el cuello.

En un idioma ininteligible una voz firme pide orden. Aquella gente, que no comprende el idioma, trata de descifrar la palabra escuchada observando el grave gesto del que habla. Perciben cierta amenaza en su mirada obligándolos a cumplir con lo establecido. Dejaba claro con su rictus que no permitiría ninguna salida de tono, ningún aspaviento provocador que alterara el orden en aquel ya de por sí hacinado perímetro.

En el exterior del edificio continúa nevando. Las noches de invierno son gélidas y un frío intenso y agresor obliga a protegerse de él, como se haría de un disparo. Son noches más oscuras de lo que pueda suponerse. Una oscuridad que lo envuelve todo. Lo oprime todo. En ese instante por la zona no camina persona alguna. Todo aquel entorno se encuentra desierto. Rodeado de silencio, de soledad, de tenues luces equidistantes entre sí. Sin embargo, entre las farolas se observan dos figuras erguidas que caminan cruzándose lentamente. Se distinguen por los gorros que portan en sus cabezas, cuya parte superior es de color verde y la visera de color negro. De pronto, descubren la

presencia de un hombre que camina sin rumbo. Lo interceptan. Les muestra unos papeles y tras un breve diálogo le indican hacia donde debe dirigirse. Cuando entra en el edificio se pierde entre la muchedumbre que la ocupa, pero encuentra un hueco que le permite rebuscar en su bolsa y echarse algo a la boca, mientras observa atento a su alrededor.

Cuando viene a darse cuenta otras gentes ya se han situado junto a él. No le saludan. Son personas mudas. El temor que se extiende entre aquel enjambre humano congela el habla. Es la perplejidad y la vacilación que se adentra en sus pensamientos. Algunos notan como sus manos transpiran. Otros como tiemblan. Las observan y tratan de detenerlas como a ellos los tienen sitiados entre esas paredes, por el solo hecho de haber entrado allí.

Hay lugares donde la incertidumbre invade las vidas de las personas. Son espacios donde la falibilidad lo envuelve todo. Donde el futuro deja de serlo tal y como el ser humano lo percibe cada mañana cuando se levanta. Un futuro que se desvanece porque de pronto, debido a la inseguridad, se ha ocultado en las oquedades de la mente de cada individuo. Una percepción que en cualquier momento puede dejar de existir al amparo de una nueva situación.

Los vehículos continúan transportando gente al lugar y la aglomeración se hace cada vez más angustiosa. Cada uno en su propio mundo. Sumergidos en sus pensamientos. Se observan personas que apoyan los brazos sobre sus bolsas y miran al frente. En realidad, no ven. Solo meditan. Pero tampoco son conscientes de lo que piensan.

Un matrimonio con dos críos que lloran trata de tranquilizarlos. Lloran con desconsuelo ante el temor de ser separados de sus padres, que los aprietan contra su pecho para que sientan su calor.

Una mujer también mira absorta y dubitativa el suelo. Se ve el miedo en sus ojos ante lo que pudiera sucederle horas más tarde. Un matrimonio mayor camina buscando un lugar donde acomodarse. Les cuesta desplazarse. Se miran preguntándose qué hacen allí. Parecen nerviosos, inquietos y al mismo tiempo ausentes. Una pareja joven se encuentra frente a ellos. La chica es rubia de ojos grises. El joven tiene el cabello negro cortado al cero. Cuando los descubren, el matrimonio mayor trata de verse reflejado en ellos. Prólogo y

epílogo de la vida evocados en el mismo lugar y a la misma hora. Una reflexión que aumenta el miedo en los mayores, mientras los jóvenes, que tienen sus manos entrelazadas, susurran y sonríen despreocupadamente.

En uno de los rincones hay una chica con el carrito de un bebé que llora reivindicando un alimento que tarda en llegar. Un hombre grueso se apoya en un bastón mientras busca con la mirada un lugar donde poder sentarse. Al fondo, un hombre maduro, con sus sienes blancas, saca su violín de la funda y el arco de una bolsa. Ninguno de los presentes se percata de aquella acción. Son las notas de la Romanza para violín de Beethoven, que atraen como un imán las miradas de toda aquella gente. Por un momento las bellas notas musicales parecen relajar sus semblantes. Pero cuando la pieza beethoveniana continúa, uno de los uniformados se sitúa delante de él y le obliga a devolver el violín a su estuche.

La música está prohibida aquí. Dice en su lengua.

Una cría con vestido rojo tira de la falda de su madre. Le pregunta por qué no dejan tocar el violín a ese señor. Ella le responde musitando que allí está prohibido hacer sonar un instrumento musical.

De pronto, otra voz recia vuelve a anunciar algo. Proviene de uno de los laterales y suena a intimidación. Un hombre uniformado la repite.

-Atención, ha dicho.

Su interpretación, mediante la gestualidad hace que todos los que allí se encuentran se agiten como una cadena de hormigas que buscan un camino a seguir. Al instante, otro hombre con idéntica vestimenta grita haciendo indicaciones con las manos.

-Por aquí. Rápido, dice.

La gente intenta captar aquel lenguaje de signos. Descubrir el mensaje. Por fin concluyen que les está ordenando algo nuevo y en pocos minutos lo descubren. Se van colocando cintas, creando pasillos en zigzag por toda la instalación y los obligan a transitar por ellos, como si fueran reses en un rancho de Texas.

Son filas de personas cruzándose para aprovechar el espacio. Tras caminar unos metros vuelven a encontrarse con los mismos rostros. Es como volver al

mismo lugar una y otra vez, una y otra vez. Una especie de laberinto similar al de Creta, solo que allí no está escondido el Minotauro.

Al salir de tan compleja encrucijada unos son dirigidos hacia un lado, y otros hacia una zona distinta. Todos deambulan sin detenerse siguiendo las órdenes recibidas.

Se siente el miedo. El miedo siempre está presente cuando te enfrentas a los uniformes. Sabes que disponen de la preeminencia que aportan los galones. Desconocidos que en ese instante deciden por ti acentuando el temor que se siente ante lo que te pueda suceder horas más tarde.

Súbitamente, una nueva frase suena poderosa pronunciada esta vez por una mujer. Señala a una familia. Precisamente la de los hijos que temen ser separados de sus padres y han sido víctimas del presentimiento. Ordena que el marido y el hijo se dirijan hacia una especie de arco. La esposa y la hija lloran angustiosamente ante aquella separación predestinada. La uniformada insiste con gesto formal que aquello es inevitable, indicando a la mujer que se dirija con la niña hacia otro arco situado en un lugar distinto. Allí las cachean sin miramiento. Se sienten sometidas. Como las reses cuando se les inmoviliza para marcarlas a fuego.

El llanto y los gemidos no parece llamar la atención de los demás. Cada uno tira de su propio destino sin pensar en el de los demás. No se puede comprender como tanta aglomeración, tanto roce humano, puede generar tanta ausencia, tan injusta falta de empatía. Todos son conscientes de que se topan unos con otros, pero en realidad creen estar solos en el mundo. Y es que cuando se percibe el peligro se busca la propia salvación. Es después, cuando se controla, cuando uno se dispone a auxiliar a los demás. Es el egoísmo natural que solo los héroes de la vida son capaces de apartar a un lado.

Otra mujer con uniforme arrebató sin miramiento las bolsas de aquella madre y de su hija. Las abre con fuerza. Sin cuidado alguno. Sin importarle lo de trascendental que los enseres tienen para ellas. Esparce el contenido sobre una especie de mostrador. Todo revuelto, todo intrincado. En los rictus de ellas está reflejada la impotencia. La madre piensa impedir aquel abuso de poder, pero no se atreve. En ese momento otro hombre se aproxima en silencio. Su mirada les produce un respeto estremecedor a las dos. Un respeto mezclado

con temor. Madre e hija saben que nada pueden hacer en esa situación que las deja en inferioridad moral ante tan vehemente imposición.

La noche continúa cubriéndolo todo y el frío no remite. Los copos de nieve prolongan la Navidad decorando las calles. No ha dejado de nevar desde antes de Fin de Año.

Aeropuerto de Bristol.

5 a.m.

Ocho de enero.

FIN